

LA CERAMICA PINTADA DE LA II EDAD DEL HIERRO EN LA CUENCA MEDIA DEL TAJO¹

RAFAELA CABELLO CAJA

Aunque el interés por la II Edad del Hierro en Extremadura se remonta a principios de este siglo (Monsalud, 1901; Roso de Luna, 1901, 1904a, 1904b, 1908; Mérida, 1925), no fue hasta los años setenta cuando, en la provincia de Cáceres y a partir de la excavación del poblado de Villasviejas del Tamuja (Hernández, 1970, 1970-71; Hernández y otros, 1989) y las prospecciones de Sansueña (Sánchez, 1979) y Aldeacentenera (Rivero, 1974), se emprendieran toda una serie de intervenciones programadas que se continúan en la actualidad en toda la región.

De igual modo, la divulgación de los resultados de las excavaciones en Medellín (Badajoz) supuso un nuevo avance en el conocimiento del Hierro II. En este yacimiento, con una cronología inmersa fundamentalmente en el Período Orientalizante, se advierte la presencia de una etapa posterior, denominada por su excavador Post-orientalizante y caracterizada por la interrelación de elementos ibéricos procedentes del sur peninsular y otras aportaciones de la Cultura de los Castros de la Meseta (Almagro Gorbea, 1977).

Ya entrada la década de los ochenta, asistimos a un notable incremento del número de intervenciones arqueológicas en los yacimientos prerromanos de nuestra región. En la provincia cacereña comienzan a excavar los castros y las necrópolis de La Coraja (Redondo, 1987; Redondo y otros, 1991) y El Castillejo de la Orden (Ongil, 1988), los poblados de El Castillejo de Santiago del Campo (Esteban y Salas, 1988) y El Jardinero (Bueno y otros 1988) y las necrópolis del Cardenillo y Pajares (González y otros, 1990).

Por su parte, en Badajoz, con una menor tradición investigadora del Hierro II, también se inician excavaciones en diversos puntos de la provincia: Los Castillejos de F. Cantos (Fernández y otros, 1988; Fernández y Rodríguez, 1989), La Sierra de la Martela (Enríquez y Rodríguez, 1988), Capote (Berrocal, 1988 y 1989), Hornachuelos (Rodríguez y Jiménez, 1988; Rodríguez, 1991b; Jiménez, 1990), La Ermita de Belén (Rodríguez, 1991a y c), los recintos-torre de La Serena (Ortiz, 1991), la Tabla de las Cañas (Domínguez y García, 1991) y Miróbriga (Pastor y Pachón, 1991).

Como es fácil imaginar, toda esta labor investigadora de los últimos años ha permitido ampliar de forma notoria el conocimiento sobre las formas de vida y hábitos funerarios de la II Edad del Hierro en nuestra región. Los castros, que en esta etapa constituyen el tipo de hábitat más generalizado, se localizan sobre cerros amesetados, no excesivamente elevados pero claves para el dominio visual del entorno circundante. Su protección se encuentra garantizada gracias a la existencia de murallas, fosos, terraplenes y piedras hincadas principalmente. Las casas poseen planta regular, de dimensiones variables con muros de adobes y zócalos de piedras y cubiertas a base de elementos vegetales. Por su parte, las necrópolis se ubican en las cercanías de los poblados, sobre suaves ondulaciones desde las que se divisa el castro por completo. El rito empleado es la cremación más o menos consumada del cadáver, tras la cual las cenizas fueron depositadas en una urna cerámica o bien directamente sobre el suelo en un hoyo excavado para tal fin; el agujero se cubrió con una laja

¹ El presente trabajo constituye el resumen de nuestra Tesis de Licenciatura, realizada bajo la dirección del Dr. D. Alonso Rodríguez Díaz. Cáceres, diciembre de 1992. Calificación: Sobresaliente p.u.

de pizarra o, a veces, mediante construcciones tumulares de plantas y dimensiones variadas (Rodríguez y Enríquez, 1991). Entre la producción vascular sobresalen mayoritariamente las cerámicas a torno de cocción oxidante, de cuidada factura, buen tratamiento superficial y decoradas en no pocas ocasiones con geometrismos pintados y estampillados. Tampoco faltan las cerámicas de factura más tosca, a torno y a mano, así como las cerámicas grises que básicamente reproducen las particularidades técnicas, morfológicas y decorativas de la producción oxidante. Por último, puñales biglobulares, espadas de antenas atrofiadas, de frontón y de La Tène, falcatas, puntas de lanza y regatones, entre otras armas, fíbulas y diversos elementos de adorno de tradición orientalizante completan la cultura material de castros y necrópolis. Pero lo ciertamente relevante es que todo este mayor conocimiento sobre la II Edad del Hierro en territorio extremeño ha propiciado el establecimiento de varias subáreas culturales a partir de las semejanzas y diferencias interregionales, identificadas a grandes rasgos con los pueblos que según las fuentes clásicas habitaron el espacio extremeño durante el Hierro II: vettones, lusitanos, túrdulos o turdetanos y célticos (Rodríguez, e.p).

Nuestro objetivo, con el presente trabajo, es precisamente profundizar en el estudio de las relaciones culturales que definieron la personalidad de uno de estos círculos, el vettón-lusitano, cuyos rasgos arqueológicos más expresivos se reconocen en el creciente número de gentilidades documentado en los últimos años (Redondo, 1987) y en los no menos abundantes restos escultóricos tradicionalmente identificados como “verracos” (González y Quijada, 1991). Como es bien sabido, este círculo se localiza básicamente en la actual provincia de Cáceres, si bien hemos preferido referir dicho territorio, siempre que ha sido posible, con la expresión “Cuenca Media del Tajo” por ser este río un accidente físico que otorga a la zona gran entidad tanto desde el punto de vista geográfico como cultural. Pero debido a la amplitud del tema escogido y como anticipo de futuros trabajos, nos hemos limitado al análisis de la producción cerámica pintada, movidos por dos razones principales: por un lado, el hecho de que estas cerámicas constituyen un elemento muy particularizador y definitorio del Hierro II y, por otro, la escasez de referencias sobre su existencia hasta hace poco tiempo (Almagro Gorbea, 1977; Maluquer, 1981). Dentro del área seleccionada hemos optado por cuatro yacimientos: Villasviejas del Tamuja en Botija, La Coraja en Aldeacentenera, El Castillejo de la Orden en Alcántara y El Jardinero en Valencia de Alcántara, asentamientos que por su localización geográfica -dos al este y otros dos al oeste del Tajo Medio- nos ofrecen una visión bastante completa de la zona a estudiar² (Fig. 1).

Desde el punto de vista metodológico, la elaboración de tipologías decorativas y formales en las que hemos incluido diversos tipos cerámicos siguiendo los criterios de su posible función, forma y tamaño, y diferentes variantes creadas a partir de sus bordes y cuerpos principalmente nos ha servido de base para el análisis comparativo entre la producción pintada del Tajo Medio y la procedente de otras áreas peninsulares. Dicho análisis nos ha permitido precisar su filiación cultural y, trascendiendo el ámbito puramente material, y en la medida de nuestras posibilidades, determinar los factores que encauzaron dicha filiación.

Sin embargo, no nos hemos visto exentos de serias limitaciones, derivadas de la inexistencia en los poblados referidos de claras estratigrafías, circunstancia que nos ha impedido, por un lado, precisar sus límites cronológicos; y, por otro, la realización de secuencias tipológicas tan provechosas en estudios de esta índole. En este sentido, tan solo podemos aportar que todos los materiales analizados han de inscribirse en el amplio margen que va desde la segunda mitad del siglo IV a. de C. hasta la romanización. Además, la falta de análisis de pastas nos ha imposibilitado determinar, con toda exactitud, si la cerámica pintada del Tajo Medio, es fruto de importación o, por el contrario, su producción es local, bien a imitación de modelos foráneos bien retomando antiguas tradiciones tecnológicas.

² Agradecemos a sus excavadores el habernos permitido acceder al material sin ningún tipo de impedimento.

1. LA CERAMICA PINTADA DE LA CUENCA MEDIA DEL TAJO

1.1. VILLASVIEJAS DEL TAMUJA

De los aproximadamente 2.252 fragmentos cerámicos depositados en el M.A.P de Cáceres pertenecientes a Villasviejas del Tamuja 560 se encuentran ornamentados con motivos pintados, constituyendo éstos un 24,8% del total. Este porcentaje evidencia la importancia de esta técnica decorativa.

Estas cerámicas se particularizan por su elaboración a torno y de alta calidad técnica, que les otorga un sonido metálico característico de las cerámicas de cuidada factura. De pastas depuradas, salpicadas de pequeños desgrasantes por lo común de mica y, en menor medida, de cuarzo. Su cocción es mayoritariamente oxidante, sobresaliendo los tonos anaranjados, rojizos, pardos y blanco-amarillentos. Superficialmente presentan un buen acabado mediante alisados y bruñidos; a veces poseen un engobe blancuzco que se ha aplicado antes de la cocción con el fin de una mejor consolidación de la pintura. Además, debemos destacar la existencia de un pequeño grupo de cerámicas de pastas grises de características técnicas y morfológicas similares a las de la producción oxidante. Su porcentaje es bajo, constituyendo aproximadamente un 1,6 % de la totalidad pintada.

1.1.1 Morfología

Desde el punto de vista morfológico la producción pintada de Villasviejas se agrupa en dos categorías, formas abiertas y formas cerradas. Las primeras se caracterizan por poseer una abertura de sus bocas superior al diámetro máximo de sus cuerpos o bases; las segundas, por el contrario, cuentan con bocas de reducido tamaño, siempre inferiores al diámetro máximo de sus cuerpos o bases. Dentro del primer grupo incluimos a las formas I, II, III, V y VII y, en el segundo a las formas IV, VI y VIII. (Fig. 2).

Respecto al tamaño de las vasijas, suelen ser por lo común de mediano tamaño, a veces pequeñas como ocurre con los cubiletes, a excepción del grupo compuesto por las vasijas de almacén siempre con diámetros superiores a los 30 cm. y con un mayor grosor de sus paredes debido a su funcionalidad, al tratarse de recipientes destinados al almacenaje o transporte de productos.

FORMA I. CUENCOS.

Denominamos cuencos a aquellos recipientes abiertos de cuerpos hemiesféricos, bases de pie anular y bordes exvasados simples generalmente. El diámetro de sus bocas oscila entre los 10 cm. para el más pequeño y 29 cm. para el mayor, predominando los ejemplares de mediano tamaño, con diámetros entre los 15 y 24 cm. Hemos establecido para nuestra Forma I diversas variantes y subvariantes en función de la morfología de sus cuerpos y bordes respectivamente:

I.1. Cuencos de cuerpo hemiesférico.

I.1.1. Borde simple.

I.1.2. Borde apuntado.

I.1.3. Borde de tendencia aplanada.

I.1.4. Borde levemente engrosado.

I.2. Cuencos de paredes rectas.

I.2.1. Borde simple.

I.2.2. Borde apuntado.

I.2.3. Borde levemente engrosado.

I.3. Cuencos de cuerpo con tendencia esférica (cuencos más profundos).



FORMA II. PLATOS.

Las vasijas que integran nuestra Forma II son abiertas, de bordes salientes, por lo general simples, que a veces caen levemente hacia el exterior del recipiente, y pie marcado. En la mayoría de los casos carecemos de sus cuerpos, pero suponemos que serían abiertos, contando en algunas ocasiones con una suave inflexión en las paredes. Su tamaño suele ser mayor que el de los cuencos, presentando un diámetro que oscila entre los 16 y los 29 cm.

Los subtipos de la Forma II, debido a que como ya hemos señalado carecemos de ejemplares con cuerpo y base, han sido establecidos en función exclusivamente de los bordes:

II.1. De borde saliente simple.

II.2. De borde saliente triangular.

II.3. De borde vuelto caído hacia el exterior (plato de pescado).

FORMA III.

Dentro de esta forma incluimos a los vasos caliciformes y los de perfil en S, ambos caracterizados por ser formas abiertas, de bordes exvasados, cuellos abiertos y cuerpos, carenados en los primeros y de suaves perfiles ondulados, siempre sin carena, en los segundos. De mediano tamaño, los diámetros de sus bocas oscilan entre los 16 y los 30 cm.

FORMA IV. URNAS

Hemos denominado Forma IV a un conjunto de vasijas cuya característica común es la de ser recipientes cerrados con bordes vueltos y cuellos estrangulados o desarrollados. El gran estado de fragmentación de casi todos los ejemplares imposibilita conocer con exactitud la tipología de sus cuerpos, pero teniendo en cuenta la morfología de esta forma en otros yacimientos peninsulares suponemos que serían globulares, ovales o troncocónicos.

El diámetro de sus bocas no supera en ningún caso los 30 cm. (cuando éste es superior las hemos incluido dentro del grupo de vasijas de almacén), tratándose, por consiguiente, de recipientes de tamaño mediano con diámetros que oscilan entre los 10 y los 25 cm.

La diferente morfología de sus bordes y cuellos ha sido el elemento tenido en cuenta a la hora de establecer variantes, al no contar, como hemos señalado anteriormente, con sus cuerpos:

IV.1. De borde en “perfil de cabeza de ánade” y cuello de desigual desarrollo.

IV.2. De borde vuelto y cuello estrangulado.

IV.3. De borde vuelto y cuello desarrollado.

IV.4. De borde vuelto y cuello indeterminado (en esta categoría incluimos aquellos bordes que por su fragmentación no sabemos ni podemos intuir si el cuello es estrangulado o desarrollado).

FORMA V. CUBILETES

Se trata de una forma abierta, compuesta por un conjunto de pequeños recipientes de bordes exvasados, a veces marcados, y cuerpos por lo general de tendencia hemiesférica o de paredes cilíndricas, adquiriendo en este último caso mayor profundidad. Sus dimensiones suelen ser reducidas, contando con diámetros, en los pocos casos en que ha sido posible hallarlo, en torno a los 10 y 20 cm. Sus variantes han sido establecidas a partir de los bordes:

V.1. De bordes marcados, claramente diferenciados del resto del recipiente.

V.2. De bordes exvasados, indiferenciados del resto de la vasija.

FORMA VI. VASIJAS DE ALMACEN

Dentro de este grupo incluimos un conjunto de vasos cuyo denominador común es poseer una abertura de la boca superior a los 30 cm. Esta característica, junto con la de contar con paredes de un grosor superior al resto de los vasos cerámicos, evidencia que nos hallamos ante recipientes destinados al almacenaje o contención de productos. Elaboradas, por lo común, con pastas de mediana calidad su aspecto es algo tosco.

FORMA VII. KALATHOS

Pertenecen a este grupo las vasijas de paredes rectas, también conocidas como “sombreros de copa”. De medianas dimensiones, sus diámetros oscilan entre los 16 y los 29 cm.

FORMA VIII. PEQUEÑA BOTELLITA PANZUDA

Hemos creído necesario crear la Forma VIII a pesar de contar con un único ejemplar al que denominamos pequeña botella panzuda siguiendo la clasificación de Cuadrado para la cerámica fina del Cigarralejo (1972), debido a su especial significación, sobre todo, dentro del ámbito funerario del Hierro II peninsular. De pequeño tamaño y reducido diámetro -4 cm.- se decora mediante tres filetes rojo vinoso en los inicios del cuerpo por su cara externa.

OTRAS FORMAS

En esta categoría hemos incluido todos aquellos fragmentos que por su reducido tamaño resulta imposible conocer su morfología.

El tipo formal más representativo de Villasviejas con un porcentaje del 47,6 % respecto al total son las urnas, seguidas a distancia por los vasos caliciformes-perfil en S (16,6%), los cuencos (13,6%) y los platos (10,7%). Menos representación poseen los cubiletes, kálathos, vasijas de almacén, Forma VIII y el grupo compuesto por otras formas, todos con porcentajes inferiores al 3% (Graf. I).

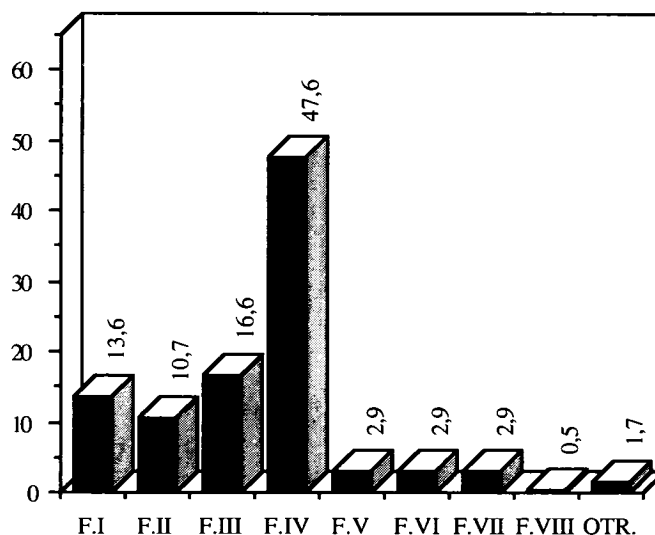


Gráfico I. Villasviejas del Tamuja: porcentajes formales.

1.1.2. Decoración

La pintura vertida sobre estas cerámicas es de buena calidad, resistente, de líneas bien dibujadas. La tonalidad dominante es el rojo vinoso, sin embargo también encontramos algunos fragmentos pintados en color rojo claro, rojo de tendencia violácea, marrón (claro y oscuro), blanco y negro. Destaca la monocromía, aunque a veces se da la bicromía, combinando entonces normalmente el rojo vinoso con el blanco o el negro.

Los temas representados son siempre geométricos, pues hasta el momento no se ha documentado ninguna vasija con decoración vegetal o figurativa. Sobresalen las bandas y filetes de variado espesor, por lo general sólo, aunque en ocasiones aparecen asociadas a otros motivos, también de carácter geométrico pero de trazado más complejo, como semicírculos o segmentos de círculo concéntricos, haces de líneas onduladas verticales y líneas verticales que atraviesan o convergen en bandas o filetes horizontales (Fig. 3).

La asociación pintura-estampillado es prácticamente irrelevante, puesto que de los 560 fragmentos pintados tan sólo 8 combinan ambas técnicas decorativas. Las estampillas empleadas consisten en pequeños rectángulos o cuadrados dispuestos a modo de retícula y enmarcados por otros rectángulos o cuadrados de mayor tamaño así como series de rosetas (Fig. 4: 1-8). Aún es más insignificante la combinación pintura-incisión ya que sólo hemos encontrado dos fragmentos así ornamentados. En ambos casos los motivos incisos corresponden a una serie horizontal de aspas dispuestas sobre un pequeño cordón aplicado combinado, en un caso, con un conjunto pintado de semicírculos concéntricos y, en el otro asociado a un filete (Fig. 4: 9 y 10).

1.2. LA CORAJA

La cerámica pintada de este castro, con un porcentaje del 19,9% respecto al total, presenta unas características técnicas muy semejantes a las del poblado de Villasviejas. Nos encontramos, por tanto, ante vasijas de pastas depuradas, con pequeños desgrasantes minerales de micas y arenas muy finas. Su cocción es mayoritariamente oxidante, otorgando a las cerámicas unos tonos anaranjados, rojizos y amarronados. Sus superficies suelen estar tratadas mediante el alisado y el bruñido, con predominio del segundo. Son, por tanto, cerámicas de buena factura; prueba de ello es su sonido metálico tan peculiar, como vimos para el caso de Villasviejas, de las cerámicas de alta calidad en la II Edad del Hierro.

Entre las cerámicas pintadas de este castro debemos destacar, al igual que ocurría en Villasviejas, un grupo caracterizado por su cocción reductora que otorga a las vasijas una tonalidad grisácea. Constituyen un 8,3 % del total pintado, porcentaje algo superior al de Villasviejas.

1.2.1. *Morfología*

La tipología formal establecida para el yacimiento que nos ocupa es prácticamente la misma que la de Villasviejas. Sólo se diferencian por la ausencia en La Coraja de las Formas VII y VIII, también de algunas variantes así como en la presencia de otras nuevas. De esta forma queda manifiesta la gran homogeneidad existente en la producción pintada de ambos poblados. Por ello omitimos la descripción de las particularidades de cada una de las formas (Fig. 5).

FORMA I. CUENCOS

I.1. De cuerpo hemiesférico.

I.1.1. De borde simple.

I.1.2. De borde apuntado.

I.1.3. De borde con tendencia aplanada.

I.2. De cuerpo carenado a media altura.

FORMA II. PLATOS

II.1. De borde saliente simple.

II.2. De borde saliente plano.

FORMA III

III.1. Vasos caliciformes.

III.2. Vasos de perfil en S.

FORMA IV. URNAS

IV.1. De borde en “perfil de cabeza de ánade” y cuello de desigual desarrollo.

IV.2. De borde vuelto y cuello estrangulado.

IV.3. De borde vuelto y cuello desarrollado.

IV.4. De borde vuelto y cuello indeterminado.

FORMA V. CUBILETES

V.1. De bordes marcados claramente diferenciados del resto del recipiente.

V.2. De bordes exvasados indiferenciados del resto de la vasija.

V.3. De bordes exvasados claramente diferenciados del galbo de la vasija.

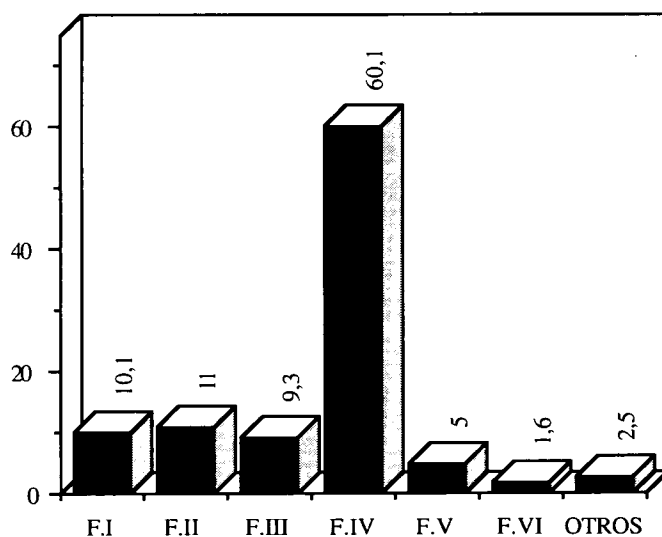
FORMA VI. VASIJAS DE ALMACEN**OTRAS FORMAS**

Gráfico II. La Coraja: porcentajes formales.

En el Gráfico II podemos observar el índice de frecuencia que cada grupo formal alcanza en La Coraja. Como vemos el porcentaje correspondiente a las urnas es el más elevado con un 60,1%, seguido a distancia por el de los platos, cuencos y vasos caliciformes-perfil en S con una representación del 11%, 10,1% y 9,3% respectivamente. Los niveles alcanzados por el resto de las formas, cubiletes, vasijas de almacén y otros, es poco significativo. Los porcentajes de las formas establecidas para La Coraja son muy similares a los que vimos para Villasviejas; la única diferencia observable en La Coraja es, aparte de la inexistencia de las Formas VII y VIII, la mayor representación de las urnas respecto al resto de los grupos.

1.2.2. Decoración

La ornamentación pictórica de estas vasijas se caracteriza por su buena calidad y gran consistencia. De tonalidades rojizas con predominio del rojo vinoso, aunque también encontramos otros colores como el blanco y el negro. El factor dominante es la monocromía; no obstante en ocasiones los tonos aparecen asociados, combinando casi siempre el rojo vinoso con el blanco o el negro. Los motivos pintados más comunes son las bandas y filetes de variado grosor, sólo o asociados a otros, también de carácter geométrico pero de mayor complejidad. Entre los últimos destacamos los conjuntos de semicírculos, sectores de círculo y círculos concéntricos, series verticales de ondas también conocidas como “cabelleras”, líneas verticales que convergen en otras horizontales y líneas horizontales onduladas (Fig. 6). También de este yacimiento proceden dos fragmentos cerámicos con decoración pintada de carácter figurativo (humana y animal).

Estas vasijas constituyen, hasta el momento, los únicos hallazgos de esta índole descubiertos en los yacimientos extremeños de la II Edad del Hierro. En una de ellas, actualmente en paradero desconocido, aparece representado un animal, al parecer un perro, corriendo. La otra, corresponde al borde y cuello de una urna de grandes proporciones, a juzgar por su diámetro que ronda los 50 cm. En ella se representa por su cara externa, en tonalidad rojo vinoso, a un hombre montado a caballo, aunque, por desgracia, el animal está incompleto, faltando su mitad inferior y trasera. El jinete, que aparece representado con la cabeza del perfil y el cuerpo de frente, lleva en una mano un escudo y, con la otra, sujeta las riendas del équido. Este, por su parte, es fino, de cuello largo y cabeza pequeña; sus crines se representan mediante cortos trazos verticales. Con el propósito de crear sensación de movimiento, el pintor ha intensificado la pintura de la parte superior de sus patas, lo que nos evidencia un intento de dotar a la representación, en la que domina el esquematismo y la rigidez, de algunos toques de expresividad y realismo. Por otro lado, partiendo del borde y por su cara interna encontramos una serie de segmentos de círculo concéntricos (Fig. 7).

En muy contadas ocasiones los motivos pintados aparecen asociados a otros estampillados. La combinación pintura-estampillado es, por tanto, poco significativa en este castro, pues del total pintado, 406 fragmentos, sólo 14 presentan ambas técnicas decorativas (3,4%). Los estampillados más repetidos son las series de motivos circulares, también cuadrados, rectangulares, pequeños cuadrados y rectángulos irregulares, bandas de “eses” asociadas a medias lunas, estampillas fusi-formes junto a otras de pequeños rectángulos y triángulos y, por último, motivos florales (Fig. 8). Únicamente en dos fragmentos la pintura se asocia a la incisión. En ambos casos los motivos consisten en una serie de pequeñas líneas oblicuas, en un fragmento situadas bajo el borde de la vasija, y, en el otro, en el galbo del recipiente. En consecuencia, y tras analizar la producción pintada de este poblado, resulta evidente la gran afinidad existente entre Villasviejas y La Coraja en lo que a su cerámica pintada se refiere, tanto en pastas, formas y decoraciones.

1.3. EL JARDINERO

En este poblado la producción vascular pintada es irrelevante, ya que de los aproximadamente 8728 fragmentos cerámicos contabilizados sólo cuatro se hallan con seguridad pintados. Incluimos a otros doce dentro de la categoría de dudosos puesto que su mal estado de conservación imposibilita identificar si poseen o no decoración pictórica. Por tanto, el porcentaje de cerámica pintada (excepcionalmente los dudosos) alcanza sólo un 0,04 % en este asentamiento (Graf. III). Los escasos fragmentos pintados se caracterizan desde el punto de vista técnico por su gran tosquedad y pobreza de pastas, con abundantes desgrasantes de mediano tamaño. Predominan los tonos anaranjados, producto de una cocción oxidante. Salvo un ejemplar que presenta su cara externa bruñida, el resto poseen sus superficies alisadas. En cuanto a su pintura, debió ser de mala calidad a juzgar por el mal estado en que ha llegado hasta nosotros. Domina la monocromía, siempre de tonalidad rojo vinoso. Los motivos representados son de tipo geométrico, filetes horizontales y semicírculos concéntricos.

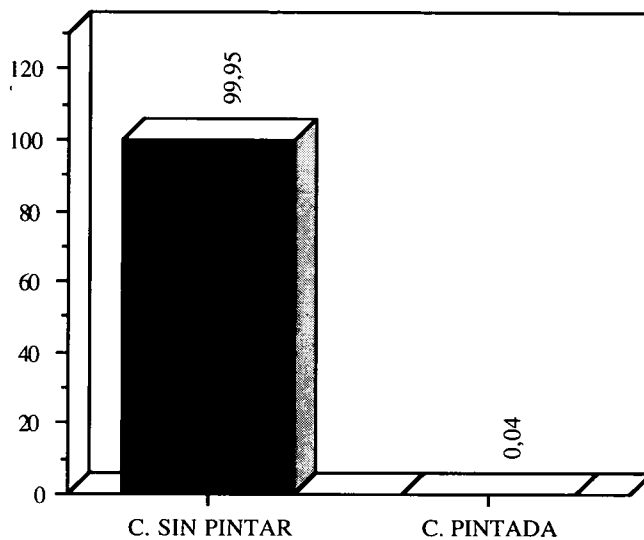


Gráfico III. El Jardinero: cerámica pintada.

1.4. LA VILLAVIEJA DEL CASTILLEJO DE LA ORDEN

La cerámica con decoración pintada en este poblado es, como ocurría en el anterior, muy poco significativa ya que de los aproximadamente 770 fragmentos cerámicos depositados en el M.A.P de Cáceres sólo tres se encuentran ornamentados con esta técnica decorativa, configurando un 0,38% del total cerámico (Graf. IV).

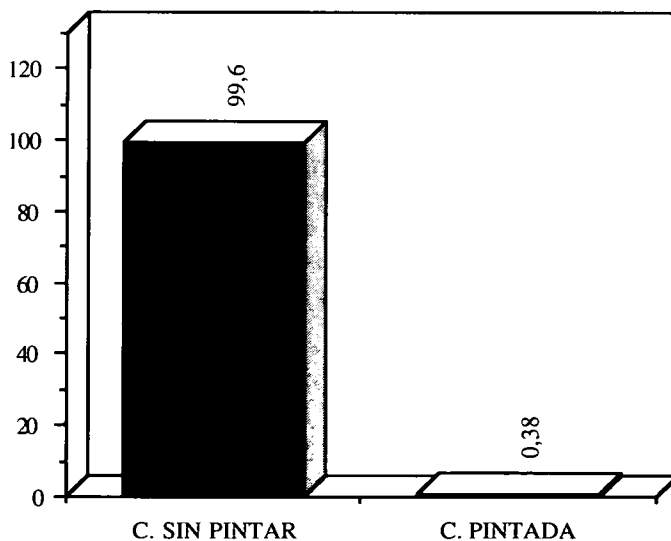


Gráfico IV. El Castillejo de la Orden: cerámica pintada.

Tampoco, como ocurría en El Jardinero, se ha tenido especial cuidado en la elaboración de esta cerámica. Se caracteriza por sus pastas mediocres con numerosos desgrasantes de mediano tamaño y tonalidades blancuzco-amarillentas, fruto de una cochura oxidante, a veces irregular, lo que evidencia el escaso esmero empleado en su realización. Superficialmente aparecen alisadas. En cuanto a la pintura, de tonalidad rojo vinosa, no debió ser de buena calidad a juzgar por su mal estado. Bandas y filetes constituyen los únicos motivos representados.

2. ESTUDIO COMPARATIVO ENTRE LAS CERAMICAS PINTADAS DEL TAJO MEDIO Y LAS PRODUCCIONES PENINSULARES

Del análisis de la producción pintada de los poblados del Tajo Medio se desprende el establecimiento de dos grupos en función de las diferencias cuantitativas y cualitativas observadas en el comportamiento de dicha cerámica. En el primero incluimos a Villasviejas y La Coraja -situados en el sector oriental de la Cuenca Media del Tajo- con unos porcentajes próximos a la cuarta parte del total cerámico, con vasijas de cuidada factura, pintura de gran calidad y líneas bien marcadas. Por otro lado, los yacimientos de El Jardinero y El Castillejo, localizados en el área más occidental, con porcentajes irrelevantes, vasijas de gran tosquedad y una pintura de baja calidad constituyen el segundo grupo.

Aparte de otras consideraciones que más adelante trataremos, el hecho de que la producción pintada sea, numéricamente, mucho más significativa en el sector oriental del Tajo Medio nos obliga a centrarnos en esta zona para el estudio comparativo entre su vajilla pintada y aquellas producciones de las diferentes áreas geográficas en que tradicionalmente se ha dividido la Península en el estudio del Hierro II. Teniendo en cuenta el hecho de que la mayor parte de las formas existentes en la Cuenca Media del Tajo son comunes a todo el ámbito peninsular durante este período y que, por consiguiente, el rastreo individualizado de cada una de ellas nos llevaría a cualquier punto de la Península, hemos optado por efectuar un análisis comparativo global, en función de la asociación de formas, variantes (Figs. 2 y 5) y motivos decorativos (Figs. 3, 4 y 6). Con tal fin hemos indagado en la historiografía de poblados y necrópolis peninsulares enmarcados en la etapa que nos ocupa, con especial insistencia en aquellos trabajos que nos ofrecen tipologías formales y decorativas de carácter globalizador. En este sentido, mención especial merecen los estudios de J. L. Escacena (1986) y J. Pereira (1988-89) sobre la cerámica pintada de Andalucía durante el Hierro II.

2.1. LOS CUENCOS (FORMA I)

Nos encontramos ante una vasija muy habitual durante la II Edad del Hierro, siendo muy frecuente en todos los yacimientos peninsulares desde las fases correspondientes a la formación del mundo ibérico hasta la romanización. La enumeración de paralelos para los cuencos del Tajo Medio sería, por tanto, amplísima, sin embargo, determinados subtipos nos permiten aproximarnos en mayor grado al ámbito andaluz, donde encontramos cuencos muy similares a los nuestros.

Algunos ejemplares de cuencos de bordes apuntados del Tajo Medio (variantes I.1.2 y I.2.2 de Villasviejas y I.1.2 de La Coraja) presentan una suave inflexión de sus paredes justo antes de llegar al borde, característica afín a la variante I-E de Escacena para Andalucía. Estos cuencos fueron introducidos en la Península, según este autor, por los colonizadores griegos, siendo por tanto los ejemplares del Levante y Sureste los más fieles a los modelos importados (Escacena, 1986). Encontramos paralelos para los extremeños en yacimientos como el Mirador de Rolando (Arribas, 1967), Baza (Presedo, 1982), Cerro del Real (Pellicer y Schüle, 1962), Cástulo (Blázquez y Valiente, 1981), Cerro Macareno (Pellicer y otros, 1983) e Itálica (Luzón, 1973), entre otros.

En este mismo sentido cabe valorar al subtipo I.1.3 de Villasviejas y La Coraja representado por los cuencos con bordes de tendencia aplanada, que aunque poco representado en Andalucía, se documenta principalmente en todo el Bajo Guadalquivir y, más en concreto, en Sevilla y, de igual

forma a las variantes I.1.4 y I.2.3 de Villasviejas pertenecientes a cuencos de cuerpo hemiesférico y borde levemente engrosado y aquellos de paredes rectas y bordes también levemente engrosados que poseen plena correspondencia con la variante I-B de Escacena, integrada por los cuencos particularizados por poseer el borde engrosado hacia el interior “mediante un cambio brusco de la dirección de la pared del recipiente” y los que “el engrosamiento se lleva a cabo paulatinamente”. Respecto al origen y cronología de esta variante cerámica, Escacena otorga, para los primeros, un origen en el mundo tartésico andaluz; los segundos serían el producto de la evolución de los primeros, ya en época turdetana, con una cronología en torno al siglo V a. de C. Su área de dispersión geográfica, según el autor, se circunscribe al espacio andaluz, no habiéndose documentado en yacimientos meseteños y apareciendo de forma muy esporádica en el Levante y Sureste, siempre en contextos de cronología más baja. Se documenta en yacimientos como Setefilla, Itálica, Carmona, Cerro Macareno, Alhonor, Osuna, El Viso del Alcor, El Jardín, Trayamar, Frigiliana, La Bobadilla, Cerro Salomón, Niebla, Cabezo de San Pedro, Cerro de la Mora, Cerro de los Infantes, Baza, Colina de los Quemados, Castillo de doña Blanca y Ategua principalmente (Escacena, 1986).

Por último, para el único ejemplar de cuenco carenado procedente de La Coraja (variante I.2) encontramos modelos similares, pero sin decorar, en el Castillo de Doña Blanca, en Cádiz. Su excavador los considera propios del siglo IV a. de C., apareciendo frecuentemente en las factorías de salazones portuenses y en el poblado de la Tiñosa -Huelva- con un posible origen, según se deriva de la secuencia tipológica de Dña Blanca, en formas orientalizantes anteriores (Ruiz, 1985).

2.2. LOS PLATOS (FORMA II)

Nuestra Forma II es también una vasija muy común durante la II Edad del Hierro, sin embargo, como ocurría con los cuencos, determinadas particularidades de sus bordes nos permiten encontrar formas muy similares a las extremeñas en el ámbito andaluz.

Efectivamente, la variante II-G de Escacena (1986), paralelizable con los tipos 10 y 19 de la clasificación de Cuadrado para la cerámica de barniz Rojo tartésico-oriental (1969) y con la forma 5 de Luzón en el Pajar de Artillo (1973) posee plena correspondencia con los platos de bordes salientes simples del Tajo Medio (variante II.1 para Villasviejas y La Coraja). Este subtipo, aparte del Pajar de Artillo, se documenta en otros muchos yacimientos meridionales: Itálica, Cerro Macareno, Cabezo de San Pedro, Niebla, Mirador de Rolando, Baza y Galera (Escacena, 1986; Pereira, 1988). Es también frecuente en asentamientos bajoextremeños como La Sierra de la Martela (Rodríguez y Enríquez, 1988), Hornachuelos (Jimenez, 1990; Rodríguez, 1991b) y Los Castillejos de Fuente de Cantos (Fernández y Rodríguez, 1989).

Algunos ejemplares del subtipo II.1 presentan la particularidad de tener el borde bien marcado merced a la presencia de un labio; este posee a veces una clara tendencia a la horizontalidad y debajo del mismo suele llevar una inflexión en la pared que da lugar a una especie de arista en el interior. Esta característica define también al subtipo II-A en Andalucía y, según Escacena, su área de dispersión se extiende por todo el Sur peninsular, aunque en en Andalucía occidental presentan cronologías más tardías, estando en el sector oriental vinculados normalmente a contextos funerarios como es el caso de Baza, Galera y Bobadilla (Escacena, 1986) y más recientemente Almediniha (Vaquerizo, 1988-89). Los ejemplares del Tajo Medio presentan la inflexión de la pared y el borde bien marcado, pero éste no posee tanta tendencia a la horizontalidad, como en los casos andaluces, al caer el labio levemente hacia el exterior.

La presencia en el Tajo Medio de platos con el borde en sección triangular (variante II.2 de Villasviejas) similares al subtipo II-B de Escacena para Andalucía pone de manifiesto nuevamente los vínculos que venimos observando entre ambas zonas. Para este autor, esta variante, con precedentes tartésicos en el siglo VI a. de C., “puede considerarse típicamente ibérica por su cronología y turdetana por su distribución geográfica (...)”. Está ausente de Andalucía oriental.

Igualmente no se ha registrado en el Sureste ni en Levante; tampoco en la Meseta, al menos en yacimientos de La Mancha y de Extremadura”. Los yacimientos andaluces donde encontramos este subtipo son, entre otros, Asta Regia, Gibaldín, Alhonor, Osset, Cerro Macareno, Carmona, Itálica y Setefilla. Por tanto, resulta evidente que la documentación de esta variante de platos en el Tajo Medio, en concreto en Villasviejas del Tamuja (en La Coraja hasta el momento no han aparecido, al menos pintados) matiza la afirmación anterior además de constatar los influjos culturales que desde Andalucía occidental penetran en Extremadura. Formas semejantes se han registrado también en el Raso de Candeleda (Fernández, 1986), en la provincia abulense, lo que manifiesta la llegada de esos influjos también a tierras meseteñas.

Finalmente, para el único ejemplar pintado de los denominados “platos de pescado” registrado en el poblado de Villasviejas (variante II.3) no hemos encontrado paralelos idénticos, aunque, indudablemente, formas semejantes se documentan por todo el litoral mediterráneo, donde este tipo cerámico fue introducido por los colonizadores griegos, y en el Sur hacia donde esta forma se extendió, más tardíamente, desde el foco levantino (Escacena, 1986).

2.3. VASOS CALICIFORMES Y DE PERFIL EN S (FORMA III)

Nuevamente nos encontramos ante un recipiente cerámico ampliamente difundido por todo el territorio peninsular durante la II Edad del Hierro. Su origen se centra en Andalucía donde esta forma surgió como resultado de los primeros contactos con los fenicios. Parece ser que su introducción tuvo lugar en las factorías fenicias del litoral andaluz (un vaso caliciforme, fechado a principios del siglo VII a. de C. se ha documentado en Guadalhorce) y desde allí, siguiendo el Guadalquivir, se difundió hacia el interior, especialmente por Andalucía occidental, apareciendo en yacimientos como Setefilla, el Cerro Macareno, el Pajar de Artillo, Alhonor, Cabezo de San Pedro y Cástulo (Escena, 1986).

Desde Andalucía occidental los caliciformes siguieron su expansión por el resto de la Península, alcanzando el Sudeste, donde esta forma se documenta en yacimientos como El Amarejo (Broncano y Blázquez, 1985) y Coimbra del Barranco Ancho (Molina y otros, 1976) entre otros. También la encontramos sistematizada en la clasificación de Cuadrado para el Cigarralejo (Cuadrado, 1972). Este autor incluye a los caliciformes dentro de la forma 23, subdividida en dos variantes, la 23a y la 23b, cuya diferencias estriban fundamentalmente en el cuello al ser, en los primeros, acampanado y, en los segundos, de perfil casi recto terminado en curva vuelta hacia el exterior. Los ejemplares de la Cuenca Media del Tajo presentan mayores paralelismos con el grupo 23a, y más en concreto con los tipos 23a2 y 23a3, al contar estos con cuellos de menor desarrollo.

En el Levante y Meseta Sur los caliciformes son también bastante frecuentes, habiendo sido registrados en yacimientos como Cerro Redondo (Blasco y Alonso, 1985a y b), el Cerrón de Illescas (Balmaseda y Valiente, 1979), Oreto (Nieto y otros, 1980), Riba de Saelices (Cuadrado, 1968), la necrópolis de El Navazo (Galán, 1980) y Fuente de la Mota (Sierra, 1981).

Tampoco son desconocidos en la Meseta Norte, si bien en esta zona su índice de representación es bastante inferior respecto al Sur y el Levante. Además su cronología es más baja, apareciendo en contextos más tardíos, en la transición de los siglos III al II a. de C., precisamente cuando la cerámica a torno se divulgó por esta zona debido a influjos transpirenaicos, levantinos y meridionales (Wattenberg, 1978). En la tipología cerámica del Valle inferior del Pisuerga, realizada a partir de los yacimientos de Soto de Medinilla, Simancas y Tariego (Wattenberg, 1978), los caliciformes se integran dentro de las formas XII y XIII, siendo la última la que ofrece mayores semejanzas con los ejemplares de la Cuenca Media del Tajo. También hallamos estas vasijas en La Osera (Cabré y otros, 1950), Rauda (Sacristán de Lama, 1986) y Numancia (Wattenberg, 1963), pero debemos hacer notar que son recipientes poco habituales como evidencia el hecho de que dentro del repertorio cerámico de Rauda sean incluidas dentro de las “formas raras y singulares”.

Estas vasijas se incluyen también en los repertorios cerámicos extremeños, habiéndose documentado hasta el momento en diversos puntos, La Ermita de Belén (Rodríguez, 1987), Los Castillejos de Fuente de Cantos (Fernández y Rodríguez, 1989), Hornachuelos (Jimenez, 1990), en las necrópolis del Castillejo de la Orden de Alcántara (Esteban y otros, 1988), El Mercadillo y el Romazal (Hernández, 1991; Hernández y Rodríguez, 1990; Rodríguez y Enríquez, 1991) y en el Cardenillo y Pajares (Rodríguez y Enríquez, 1991).

Por su parte, los vasos de perfil en S constituyen un recipiente cerámico igualmente muy frecuente durante la II Edad del Hierro. Forma originaria de Andalucía la encontramos incluida en la clasificación de Escacena dentro del grupo VII-B (1986) y en el Pajar de Artillo dentro de los Tipos 3, para las vasijas de menor tamaño denominadas vasos de beber, y 9 (Luzón, 1973). Aparece también en Alhonor (López, 1981), Cerro Macareno (Pellicer y otros, 1983), Castulo (Blázquez y Valiente, 1981), Galera (Cabré y Motos, 1920) y Baza (Presedo, 1982). Son también habituales entre la producción cerámica de los yacimientos del Sureste y el Levante peninsular como Coimbra del Barranco Ancho (Molina y otros, 1976), El Amarejo (Broncano y Blázquez, 1985) y El Cigarralejo, encuadrado en éste dentro de la Forma 22 (Cuadrado, 1972). Tampoco faltan en la Meseta Sur, Cerro Redondo (Blasco y Alonso, 1985a y b) y Oreto (Nieto y otros, 1980) y en la Norte, Sanchorreja (Cabré, 1950), Los Cenizales (Wattenberg, 1978), Roa (Sacristán, 1986) y el Raso de Candeleda (Fernández, 1986). Perfiles en S también se registran en poblados bajoextremeños como Los Castillejos de Fuente de Cantos (Fernández y Rodríguez, 1989), el Cerro del Castillo de Bienvenida (Rodríguez, 1987), La Ermita de Belén (Rodríguez, 1991) y Hornachuelos (Jiménez, 1990).

2.4. LAS URNAS (FORMA IV)

Nuestra Forma IV constituye el recipiente cerámico más numeroso de la Cuenca Media del Tajo. Esta particularidad es común al resto de la Península, ya que las urnas son las vasijas más populares de prácticamente todos los yacimientos peninsulares desde el Hierro II a la romanización. Por ello eludimos la enumeración de todos los paralelos encontrados; sin embargo destacamos algunos yacimientos, entre los que podemos citar, El Cerro Macareno (Pellicer y otros, 1983), Setefilla (Aubert y otros, 1983) Alhonor (López, 1981), El Pajar de Artillo (Luzón, 1973), El Castillo de Dña. Blanca (Ruiz, 1985), Ategua (Blanco, 1983), Baza (Presedo, 1982), Galera (Cabré y Motos, 1920), Almediniha (Vaquerizo, 1988-89), El Cigarralejo (Cuadrado, 1972), El Amarejo (Broncano y Blázquez, 1985), Fuente de la Mota (Sierra, 1981), Oreto (Nieto y otros, 1980), Cerro Redondo (Blasco y Alonso, 1985a y b), El Cerrón de Illescas (Balmaseda y Valiente, 1979), Simancas, Tariego y El Soto de Medinilla (Wattenberg, 1978), Roa (Sacristán, 1986), El Raso de Candeleda (Fernández, 1986), etc.

2.5. LOS CUBILETES (FORMA V)

Los cubiletes del Tajo Medio encuentran sus mejores réplicas en la Meseta Norte, donde esta forma adquiere especial desarrollo. Aparecen incluidos dentro de los tipos XVI A y XVIII B en la tipología de la cerámica celtibérica del Valle Inferior del Pisuerga con la denominación de "cuencos altos" (Wattenberg, 1978). Según esta autora, los cubiletes alcanzan una gran difusión en la zona referida debido a su gran funcionalidad y su origen muy posiblemente haya que buscarlo entre los cuencos a mano. Además de Tariego, El Soto de Medinilla y Simancas, se documentan cubiletes en Roa (Sacristán, 1986), Riba de Saelices (Cuadrado, 1968), Numancia (Wattenberg, 1963), La Osera (Cabré y otros, 1950) y Las Cogotas (Cabré, 1930). En la Meseta Sur esta forma es menos habitual, aunque ha sido registrada en algunos puntos, como El Cerrón de Illescas (Balmaseda y Valiente, 1979) y Cerro Redondo (Blasco y Alonso, 1985).

De la ausencia de estos recipientes en el Sur meridional -no aparecen en las clasificaciones tipológicas de Escacena y Pereira para la cerámica pintada de Andalucía-, así como de entre los repertorios cerámicos del área bajoextremeña, se desprende que su presencia en el Tajo Medio se deba a influjos o contactos con el mundo meseteño de Cogotas II en una fase avanzada.

2.6. LOS KALATHOS (FORMA VII)

Esta Forma es considerada como la más emblemática del mundo ibérico peninsular. Tradicionalmente se le venía otorgando un nacimiento en el Levante a lo largo del siglo III a. de C., como resultado de los contactos con los colonizadores griegos (Aranegui y Pla, 1981; Luzón, 1973); sin embargo, estudios recientes, ponen de manifiesto la existencia de estos recipientes con anterioridad a la fecha establecida. Efectivamente, del Cerro Macareno y Villaricos proceden kálathos fechados en la segunda mitad del siglo V a. de C. y caracterizados por tener cuellos estrangulados. En la primera mitad del siglo IV a. de C. se documenta en la necrópolis de Baza una nueva variante, con el cuello muy desarrollado y abierto, registrándose este mismo tipo a lo largo del siglo III a de C. en Galera (Pereira, 1988). Es a finales de este siglo cuando la variante denominada “sombrero de copa” surge en el Levante y Sureste, alcanzando en esta zona una enorme difusión; por el contrario, en Andalucía, especialmente en su sector occidental, la encontramos muy escasamente representada (Escacena, 1986).

De los kálathos registrados en Villasviejas del Tamuja, un ejemplar se adscribe a la variante “sombrero de copa”, caracterizada por sus paredes rectas y borde horizontal, para el que encontramos paralelos por todo el Levante y Sureste, así como en algunos puntos de Andalucía oriental, como el Higuerón (Fortea y Bernier, 1970), Castulo (Blázquez y Valiente, 1981) y Galera (Cabré y Motos, 1920). Respecto a otro ejemplar, de paredes rectas y borde con sección “en forma de T” hallamos tipos similares en algunos yacimientos de Andalucía oriental, como es el caso de Adra en Almería y la necrópolis de Puente de Noy en Almuñecar, Granada (Escacena, 1986).

2.7. PEQUEÑA BOTELLA PANZUDA (FORMA VIII)

Hemos denominado a nuestra Forma VIII pequeña botella panzuda siguiendo la clasificación tipológica de Cuadrado para la cerámica fina de El Cigarralejo (1972). Se trata de una vasija ampliamente representada en los Valle Medios del Tajo y Guadiana, especialmente en ámbitos funerarios -necrópolis de Villasviejas, La Coraja y Hornachuelos-. Formas similares se documentan tanto en el Sureste, Levante y Andalucía occidental, por lo que resulta complicado determinar el ámbito cultural desde el cual se introdujo en Extremadura.

2.8. LAS DECORACIONES

Respecto a la temática decorativa de la cerámica del Tajo Medio, dominan mayoritariamente los motivos pintados de carácter geométrico, con la única excepción del “jinete de La Coraja” del que más adelante nos ocuparemos. Los motivos más frecuentes son:

1. Bandas y filetes de variado grosor.
2. Segmentos de círculo concéntricos.
3. Semicírculos concéntricos.
4. Círculos concéntricos.
5. Conjuntos de líneas verticales onduladas, conocidas como “aguas o cabelleras”.
6. Series de líneas verticales que convergen o atraviesan a bandas o filetes horizontales.
7. Líneas horizontales onduladas.
8. Series de “SSS” entrelazadas.
9. Triángulos rellenos de pintura (dientes de lobo).

10. Líneas quebradas que forman series de triángulos.

11. Series de líneas oblícuas.

12. Rectángulos verticales rellenos de pintura.

A pesar de que el porcentaje que la producción pintada de Villasviejas y La Coraja alcanza respecto al total cerámico es relativamente elevado (recordemos que en ambos asentamientos ronda la cuarta parte del volumen cerámico), la variedad de motivos pintados es bastante reducida. Más aún, si tenemos en cuenta que de todos ellos son las bandas-filetes, seguidos a distancia por los segmentos de círculo, las “cabelleras” y los semicírculos concéntricos, los temas más representados, hasta el punto de aparecer monótonamente en casi todos los fragmentos analizados.

Una ojeada a la temática pintada peninsular durante la II Edad del Hierro nos revela que los motivos geométricos son comunes a todos los yacimientos en las primeras etapas de este período cultural; sin embargo, con posterioridad, tanto en el Levante, como en el Sureste, Meseta Norte, Valle del Ebro y algunos puntos de Andalucía oriental y la Meseta sur, asistimos a un gran desarrollo de la temática figurativa como resultado de los contactos con el mundo griego. Sin embargo, en Andalucía occidental la temática geométrica, como es sabido, continúa constituyendo el fundamento de la decoración de sus cerámicas.

En la Cuenca Media del Tajo, como hemos visto, también la decoración de carácter figurativo apenas tiene cabida, circunstancia que nos lleva a vincular aún más nuestra cerámica con el ámbito turdetano. Estos vínculos adquieren mayor relevancia, si tenemos en cuenta que, aunque la variedad temática andaluza es mayor -Escacena recoge 48 motivos pintados (1986)-, en una y otra zona los temas mayoritariamente representados son los mismos.

Por último, y antes de finalizar este apartado, resulta obligado hacer algunas consideraciones respecto al único ejemplar con decoración figurativa procedente de La Coraja. El repaso de los yacimientos adscritos a las zonas en las que la temática figurativa alcanza su máxima expresión (Maestro, 1989) nos ha permitido detectar algunos paralelos para esta vasija en el área levantina. Más puntualmente es en el yacimiento valenciano de San Miguel de Liria (Ballester y otros, 1954; Pericot, 1979), donde encontramos diversas vasijas de gran tamaño en las que aparecen representados jinetes bastante semejantes desde el punto de vista formal y estilístico al extremeño. Entre dichas vasijas, destacamos el denominado “vaso de la escena de pesca”, en el que se aprecian dos figuras ecuestres formando parte de una escena de cacería resuelta con una iconografía bastante pobre y esquematizada, propia del estilo I de Ballester (Maestro, 1989) y que nos resulta muy similar a la que muestra la pieza de La Coraja (Fig. 9). Por tanto y en función de ello, valoramos dicha pieza más como una importación procedente del ámbito levantino, como prueba de unos contactos directos o indirectos entre el Tajo Medio y el Mundo Ibérico, que como una realización local (Rivero, 1974). Determinar la vía de penetración de dichas relaciones resulta complicado, pero, en este sentido, no debemos descartar la ruta planteada por Almagro que desde Levante, pasando por los pasillos de Requena y Utiel, avanza hacia la Mancha Alta, atraviesa las cuencas del Záncara y Ciguela por las Mesas de Ocaña para adentrarse en el Valle del Tajo y acceder así al espacio cacereño (Almagro Gorbea, 1976-78; López, 1985). Argumentos arqueológicos a favor de esta posible vía de penetración podrían encontrarse también en la cerámica con decoración pintada-estampillada.

3. CONSIDERACIONES FINALES

A partir del siglo IV a. de C., el actual territorio extremeño en general y la Cuenca Media del Tajo en particular, se ve inmerso en el proceso de celtización que tuvo lugar en todo el occidente peninsular. El fin de Tartesos favoreció, en gran medida, este proceso mediante el cual determinados pueblos de raigambre céltica se expandieron hacia tierras del Sur.

Todo ello se tradujo en un notable cambio sociocultural y económico que se materializó en la aparición de un nuevo tipo de habitat, el castro, y, por supuesto, de nuevos elementos materiales de indudable sabor cogoteño. Así pues, en el Tajo Medio, hasta entonces área periférica del mundo tartésico, asistimos a la inflexión de una tradición cultural de vocación eminentemente meridional y su reconducción hacia otra de marcado signo meseteño en la que se dieron cita “los karpetanoí, oretanoí y ouéttones en gran número”. (Estrabón III, 1, 6. En García y Bellido, 1945).

Concretar las razones que impulsaron a estos pueblos a adentrarse en el Valle Medio del Tajo resulta ciertamente complicado, pero considerando que esta zona posee un gran potencial agroganadero y minero, podemos pensar que en la conjunción de estos elementos se halle la clave para explicar ese interés por este ámbito fronterizo con la Turdetania en el que los autores clásicos consignaron la existencia de “montes metalíferos que se extienden hasta el Tágos...” (Estrabón III, 2, 3. En García y Bellido, 1945). En este sentido, sobradamente conocido es que la base de la subsistencia del pueblo vetón fue la ganadería y que el hierro constituyó el metal más utilizado por estas gentes (Caro, 1946; Rodríguez, e.p.) No obstante, no hay que olvidar también que el oro “se encuentra en pepitas en los ríos; como en el Tagus de Hispania ...y que no existe oro más puro, apareciendo pulido por el curso y frote del agua...” (Plinio XXXIII, 66 y 67. En García y Bellido, 1947). Pero dentro de este ambiente vetón dominante cuyos rasgos más emblemáticos se encuentran en el creciente número de gentilidades documentado en los últimos años y en la nutrida cartografía de esculturas zoomorfas que salpican la actual geografía cacereña, los restos materiales estudiados en el presente trabajo ponen de relieve que ni ciertos resabios tecnológicos orientalizantes ni los vínculos entre el Tajo Medio y el Guadalquivir llegaron a desaparecer tras el fin de la hegemonía tartésica. Unos vínculos que en función de la calidad y los altos porcentajes que alcanza la producción pintada en los conjuntos cerámicos estudiados hasta el momento en ciertos castros extremeños (en Villasviejas y La Coraja dichos porcentajes giran en torno al 25 por 100) debieron ser bastante regulares e intensos. Pero, además, estas relaciones con el Guadalquivir se vieron enriquecidas con aportaciones más o menos puntuales del Mundo Ibérico o la Meseta Sur, como ponen claramente de manifiesto decoraciones como la del jinete de la Coraja, algunas falcas recuperadas de este mismo yacimiento, la combinación de motivos pintados y estampillados o determinadas formas de nuestro repertorio tipológico (kálathos y cubiletes).

Aunque las limitaciones estratigráficas de los asentamientos tratados nos impiden por el momento analizar la gradación de dichos contactos a lo largo de la segunda mitad del Ier. milenio a. C., las diferencias cuantitativas y cualitativas existentes entre los sectores occidental -El Castillejo y El Jardinero- y oriental -Villasviejas y La Coraja- de la Cuenca Media del Tajo nos sugieren consecuentemente una mayor significación de los citados vínculos entre el círculo vetón y el sur peninsular en el área oriental del mismo. Establecer las causas de este comportamiento diferencial hoy por hoy se nos escapa, aunque, en este sentido, no debemos descartar, entre otros, aspectos como la diversidad poblacional existente en la Cuenca Media del Tajo, donde los historiadores clásicos (Estrabón, III, 1, 6) situaron junto a los vettones algunas tribus de lusitanos; o la mayor proximidad geográfica del sector oriental de la actual provincia de Cáceres a la «Beturia Túdula», a través de la cual los influjos procedentes del Valle del Guadalquivir y de la Meseta Sur pudieron penetrar de forma inmediata en la zona objeto de estudio.

De cualquier forma, resulta obligado no forzar en ningún sentido las valoraciones tan particulares y específicas que hayamos podido extraer del estudio de una variable tecnológica y no menos particular como es la cerámica con decoración pintada. Qué duda cabe que a todas estas cuestiones únicamente podremos aproximarnos con una mayor certidumbre si conjugamos convenientemente la realidad material con otros aspectos menos tangibles como pueden serlo la religión, la lengua o las fórmulas que rigieron la economía y la sociedad de aquellas gentes.

BIBLIOGRAFIA

- ALMAGRO GORBEA, M.
 (1977): "El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura", *BPH*, XIV. ALMAGRO GORBEA, M.
 (1976-78): "La iberización de las zonas orientales de la Meseta Sur", *Ampurias*, 38-40. 93-156.
- ARANEGUI, C. y PLA BALLESTER, E.
 (1981): "La cerámica ibérica", *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica*. Madrid. 73-114.
- ARRIBAS PALAU, A. (1967): "La necrópolis Bastitana del Mirador de Rolando (Granada)", *Pyrenae*, 3. 67-106.
- AUBET SEMMLER, M^a E.
 (1975): "La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla". *Programa de Investigaciones Protohistóricas*, II.
- AUBET SEMMLER, M^a E. y otros
 (1983): "La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979", *Excavaciones Arqueológicas en España*, 122.
- BALMASEDA MUNCHARAZ, L. J. y VALIENTE CANOVAS, S.
 (1979): "Excavaciones en el Cerrón (Illescas, Toledo)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 7. 153-210.
- BALLESTER TORMO, I. y otros
 (1954): *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica del Cerro de San Miguel de Liria*. Madrid.
- BELEN DE AMOS, M. y otros
 (1977): "Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los Cabezos de San Pedro y la Esperanza", *Huelva Arqueológica*, III.
- BELEN DE AMOS, M. y otros
 (1983): "Excavaciones en Niebla (Huelva)", *XVI Congreso Nacional de Arqueología*. 971-982.
- BERROCAL RANGEL, L.
 (1988): *Excavaciones en Capote (Beturia Céltica). Serie Nertobriguense*, I. Fregenal de la Sierra.
- BERROCAL RANGEL, L.
 (1989): "El asentamiento «céltico» del Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz)", *CUPAUAM*, 16. 245-295.
- BLANCO FREIJEIRO, A.
 (1983): "Ategua", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 15. 93-136.
- BLASCO BOSQUED, M^a C. y ALONSO SANCHEZ, M^a A.
 (1985a): "Cerro Redondo. Fuente el Saz del Jarama, Madrid", *Excavaciones Arqueológicas en España*, 143.
- BLASCO BOSQUED, M^a C. y ALONSO SANCHEZ, M^a A.
 (1985b): "Informe preliminar sobre el yacimiento de Cerro Redondo (Fuente el Saz del Jarama, Madrid)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 20. 7-42.
- BLAZQUEZ MARTINEZ, J. M^a.
 (1981): "Castulo III", *Excavaciones Arqueológicas en España*, 117.
- BRONCANO RODRIGUEZ, S. y BLANQUEZ PEREZ, J.
 (1985): "El Amarejo, (Bonete, Albacete)", *Excavaciones Arqueológicas en España*, 139.
- BRONCANO RODRIGUEZ, S. y otros
 (1985): "La necrópolis ibérica de El Tesorico (Agramón-Hellín, Albacete)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 20. 43-182.

BUENO, P. y otros

(1988): "El yacimiento de El Jardinero (Valencia de Alcántara, Cáceres)", *Extremadura Arqueológica I.* 89-102.

BURILLO MOZOTA, F.

(1980): *El Valle Medio del Ebro en época ibérica*. Zaragoza.

CABRE AGUILO, J.

(1930): "Excavaciones en Las Cogotas, Cardeñosa (Avila). I. El Castro", *M.J.S.E.*, 110.

CABRE AGUILO, J.

(1932): "Excavaciones en Las Cogotas, Cardeñosa (Avila). II. La Necrópolis", *M.J.S.E.*, 120.

CABRE AGUILO, J. y otros

(1950): "El castro y la necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)", *Acta Arqueológica Hispánica*, V.

CAMPOS CARRASCO, J. M. y otros

(1988): "Protohistoria de la ciudad de Sevilla. El corte estratigráfico San Isidoro 85-6", *Monografías de arqueología andaluza I.*

CARO BAROJA, J.

(1946): *Los pueblos de España*. Madrid.

CASTAÑOS UGARTE, P. M^a.

(1988): "Apéndice I. Estudio de los restos óseos del poblado prerromano de «La Villavieja del Castillejo de la Orden» (Alcántara, Cáceres)", *Extremadura Arqueológica I.* 109-112.

CASTAÑOS UGARTE, P. M^a.

(1991): "Animales domésticos y salvajes en Extremadura. Origen y evolución", *Revista de Estudios Extremeños*, XLVII-I. 9-66.

CELESTINO PEREZ, S.

(1991): "El yacimiento de Cancho Roano. Campañas 1986-1990", *Extremadura Arqueológica I.* 185-198.

CUADRADO DIAZ, E.

(1968): "Excavaciones en la necrópolis celtibérica de Riba de Saelices (Guadalajara)", *Excavaciones Arqueológicas en España*, 60.

CUADRADO DIAZ, E.

(1969): "Origen y desarrollo de la cerámica de Barniz rojo en el mundo tartésico", *I Simposio de Prehistoria Peninsular*. 257-290.

CUADRADO DIAZ, E.

(1972): "Tipología de la cerámica fina de El Cigarralejo (Mula, Murcia)", *Trabajos de Prehistoria*, 29. 125-187.

ENRIQUEZ NAVASCUES, J. J. y RODRIGUEZ DIAZ, A.

(1988): "Campaña de urgencia en la Sierra de la Martela (Segura de León, Badajoz)", *Extremadura Arqueológica I.* 113-128.

ESCACENA CARRASCO, J. L.

(1979-80): "La cerámica ibérica de la Mesa de Setefilla (Sevilla)", *Pyrenae*, 15-16. 181-210.

ESCACENA CARRASCO, J. L.

(1986): *Cerámicas a torno pintadas andaluzas de la Segunda Edad del Hierro. Tesis doctoral*. Ed. microf. Sevilla.

ESTEBAN ORTEGA, J. y SALAS MARTIN, J.

(1988): "I^a campaña de excavaciones en el Castro de «El Castillejo» de Santiago del Campo (Cáceres)", *Extremadura Arqueológica I.* 129-142.

ESTEBAN ORTEGA y otros

(1988): *La necrópolis del castro del Castillejo de la Orden, Alcántara (Cáceres)*. Cáceres.

FERNANDEZ CORRALES, J. M^a. y RODRIGUEZ DIAZ, A.

(1989): "El poblado prerromano de «Los Castillejos»", *Revista de Estudios Extremeños*, XLV-I. 97-122.

FERNANDEZ CORRALES, J. M^a. y otros

(1988): "Los poblados calcolítico y prerromano de Los Castillejos (Fuente de Cantos, Badajoz)", *Extremadura Arqueológica I*. 69-88.

FERNANDEZ GOMEZ, F.

(1986): *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candeleda (I y II)*. Avila.

FORTEA, J. y BERNIER, J.

(1970): *Recintos y fortificaciones ibéricos en la Bética*. Salamanca.

GALAN SAULNIER, C.

(1980): "Memoria de la primera campaña de excavaciones en la necrópolis de El Navazo. La Hinojosa (Cuenca), 1976", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 8. 141-213.

GARCIA Y BELLIDO, A.

(1945): *España y los españoles hace dos mil años según la Geografía de Strabon*. Madrid, 1986. 9^a.

GARCIA Y BELLIDO, A.

(1947): *La España del siglo Primero de nuestra Era (según P. Mela y C. Plinio)*. Madrid, 1982. 4^o.

GARCIA GUINEA, M. A. y SAN MIGUEL RUIZ, J. A.

(1964): "Poblado Ibérico de El Macalón (Albacete). (Estratigrafías). 2^a Campaña", *Excavaciones Arqueológicas en España*, 25.

GONZALEZ CORDERO, A. y QUIJADA, D.

(1991): *Los orígenes del Campo Arañuelo y la Jara Cacerense y su integración en la prehistoria regional*. Navalmoral del la Mata.

GONZALEZ CORDERO, A. y otros

(1990): "Las necrópolis del Cardenillo y de Pajares en Madrigal y Villanueva de la Vera (Cáceres). La influencia meseteña al norte de Extremadura", *Studia Zamorensia*, XI. 129-160.

HERNANDEZ HERNANDEZ, F.

(1970): "Excavaciones en el castro de las Villasviejas del Tamuja, en Botija (Cáceres)", *XI Congreso Nacional de Arqueología*. 431-437.

HERNANDEZ HERNANDEZ, F.

(1970-71): "Excavaciones en el castro de las Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)", *Zephyrus*, XXI-XXII. 321-330.

HERNANDEZ HERNANDEZ, F.

(1991): "Las necrópolis del poblado de Villasviejas (Cáceres)", *Extremadura Arqueológica II*. 255-268.

HERNANDEZ HERNANDEZ, F. y RODRIGUEZ LOPEZ, D.

(1990): "Enterramientos de empedrado tumular de la necrópolis I de Villasviejas (Cáceres)", *Verdolay* 2. 71-75.

HERNANDEZ HERNANDEZ, F. y otros

(1986-87): "Hallazgo «in situ» de unos útiles de trabajo". Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte, *Zephyrus*, XXXIX-XL. 419-432.

HERNANDEZ HERNANDEZ, F. y otros

(1989): *Excavaciones en el castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres)*. Mérida.

JIMENEZ AVILA, F. J.

(1990): *Estudio arqueológico del poblado de Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz) y su entorno. Tesis de Licenciatura. Inédita*. Cáceres.

LOPEZ PALOMO, L. A.

(1981): "Alhonz (Excavaciones de 1973-1978)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 11. 33-188.

LOPEZ ROZAS, J.

(1985): "El poblamiento ibérico en la Meseta Sur", *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*. 335-347.

LUZON NOGUE, J. M^a

(1973): "Excavaciones en Italica. Estratigrafía en el Pajar de Artillo (Campaña 1970)", *Excavaciones Arqueológicas en España*, 78.

MAESTRO ZALDIVAR, E. M.

(1989): *Cerámica ibérica decorada con figura humana*. Zaragoza.

MALUQUER DE MOTES NICOLAU, J.

(1981): "El Santuario protohistórico de Zalamea de la Serena (Badajoz)", *Andalucía y Extremadura. P.I.P.* 225-409.

MELIDA, J. R.

(1925): *Catálogo Monumental de España. Provincia de Badajoz*. Madrid.

MOLINA GARCIA, J. y otros

(1976): "Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla-Murcia)", *Servicio de Investigación Prehistórica*, 52.

MONSALUD, M (de)

(1901): "Citanías extremeñas", *Revista de Extremadura III*. 6-13.

NIETO GALLO, G. y otros

(1980): "Oreto I", *Excavaciones Arqueológicas en España*, 114.

ONGIL VALENTIN, M^a I.

(1981): *El asentamiento de la Edad del Hierro al Sur de Cáceres. Tesis de Licenciatura. Inédito*. Cáceres.

ONGIL VALENTIN, M^a I.

(1988): "Excavaciones en el poblado prerromano de «Villavieja del Castillejo de la Orden» (Alcántara, Cáceres). 1^a Campaña", *Extremadura Arqueológica I*. 103-108.

ORTIZ ROMERO, P.

(1991): "Excavaciones y sondeos en los recintos tipo torre de La Serena", *Extremadura Arqueológica II*. 301-318.

PELLICER CATALAN, M. y SCHULE, W.

(1962): "El cerro del Real, Galera (Granada)", *Excavaciones Arqueológicas en España*, 12.

PELLICER CATALAN, M. y otros

(1983): "El Cerro Macareno". *Excavaciones Arqueológicas en España*, 124.

PEREIRA SIESO, J.

(1988): "La cerámica pintada de la Cuenca del Guadalquivir. I, Propuesta de Clasificación". *Trabajos de Prehistoria*, 45. 143-173.

(1989): "La cerámica pintada de la Cuenca del Guadalquivir. II, Conclusiones". *Trabajos de Prehistoria*, 46. 149-159.

PERICOT, L.

(1979): *Cerámica ibérica*. Barcelona.

PRESEDO VELO, F. J.

(1982): "La necrópolis de Baza", *Excavaciones Arqueológicas en España*, 119.

REDONDO RODRIGUEZ, J. A.

(1987): *Protohistoria y romanización de la Regio Turgalensis. Tesis doctoral. Inédita*. Cáceres.

REDONDO RODRIGUEZ, J. A. y otros

(1991): "El castro de La Coraja de Aldeacentenera, Cáceres", *Extremadura Arqueológica II*. 269-282.

RIVERO DE LA HIGUERA, M^a C.

(1974): "Algunas Cerámicas Ibéricas Decoradas del «Castro Plaza del Tercio» (Torrecillas de la Tiesa, Cáceres)", *Zephyrus*, XXV. 351-377.

RODRIGUEZ DIAZ, A.

(1987): *El poblamiento Prerromano de la Baja Extremadura. Tesis doctoral. Inédita*. Cáceres.

RODRIGUEZ DIAZ, A.

(1989): "La segunda Edad del Hierro en la Baja Extremadura: problemática y perspectivas en torno al poblamiento", *Saguntum*, 22. 165-224.

RODRIGUEZ DIAZ, A.

(1991a): "Dos cortes estratigráficos en el poblado prerromano de la Ermita de Belén (Zafra, Badajoz)", *Extremadura Arqueológica II*. 211-234.

RODRIGUEZ DIAZ, A.

(1991b): "Proyecto Hornachuelos: 1986-1990 (Ribera del Fresno, Badajoz)", *Extremadura Arqueológica II*. 283-300.

RODRIGUEZ DIAZ, A.

(1991c): *La ermita de Belén (Zafra, Badajoz). Campaña 1987*. Mérida.

RODRIGUEZ DIAZ, A.

(e.p.): "El Valle Medio del Guadiana, «espacio de frontera» en la Protohistoria del Suroeste".

RODRIGUEZ DIAZ, A. y JIMENEZ AVILA, F. J.

(1988): "Informe sobre las excavaciones realizadas en el yacimiento de Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz)", *Norba* 8/9. 13-33.

RODRIGUEZ DIAZ, A. y ENRIQUEZ NAVASCUES, J. J.

(1991): "Necrópolis protohistóricas en Extremadura", *Congreso de Arqueología Ibérica. Las necrópolis*.

ROSO DE LUNA, M.

(1901): "Poblaciones celto-lusitanas o citanias cacereñas". *BRAH.*, XXXVIII. 422-424.

ROSO DE LUNA, M.

(1904a): "Sobre las citanias extremeñas", *BRAH.*, XLV. 507-510.

ROSO DE LUNA, M.

(1904b): "Notas arqueológicas", *Revista de Extremadura*, VIII. 433-439.

ROSO DE LUNA, M.

(1908): "Protohistoria extremeña", *BRAH.*, LII. 140-151.

RUIZ MATA, D.

(1985): "La formación de la Cultura Turdetana en la Bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca", *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*. 299-314.

SACRISTAN DE LAMA, J. D.

(1986): *La Edad del Hierro en el Valle medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid.

SANCHEZ ABAL, J. L.

(1979): "El Castro de Sansueña, Aliseda (Cáceres): situación y descripción del sistema defensivo", *Estudios dedicados a Carlos Callejo Serrano*. 659-662.

SIERRA DELAGE, M.

(1981): "Fuente de la Mota (Barchín del Hoyo. Cuenca)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 11. 209-306.

VAQUERIZO GIL, D.

(1988-89): "Ensayo de sistematización de la cerámica ibérica de las necrópolis de Almediniha (Córdoba)". *Lucentum*, VII-VIII. 103-132.

WATTENBERG SANPERE, F.

(1963): "Las cerámicas indígenas de Numancia", *B.P.H.* IV.

WATTENBERG SANPERE, F.

(1978): "Estratigrafía de los cenizales de Simancas (Valladolid)", *Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid*, 2.

WATTENBERG GARCIA, E.

(1978): "Tipología de cerámica celtibérica en el valle inferior del Pisuegra. Yacimientos de Tariego, Soto de Medinilla y Simancas", *Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid*, 3.

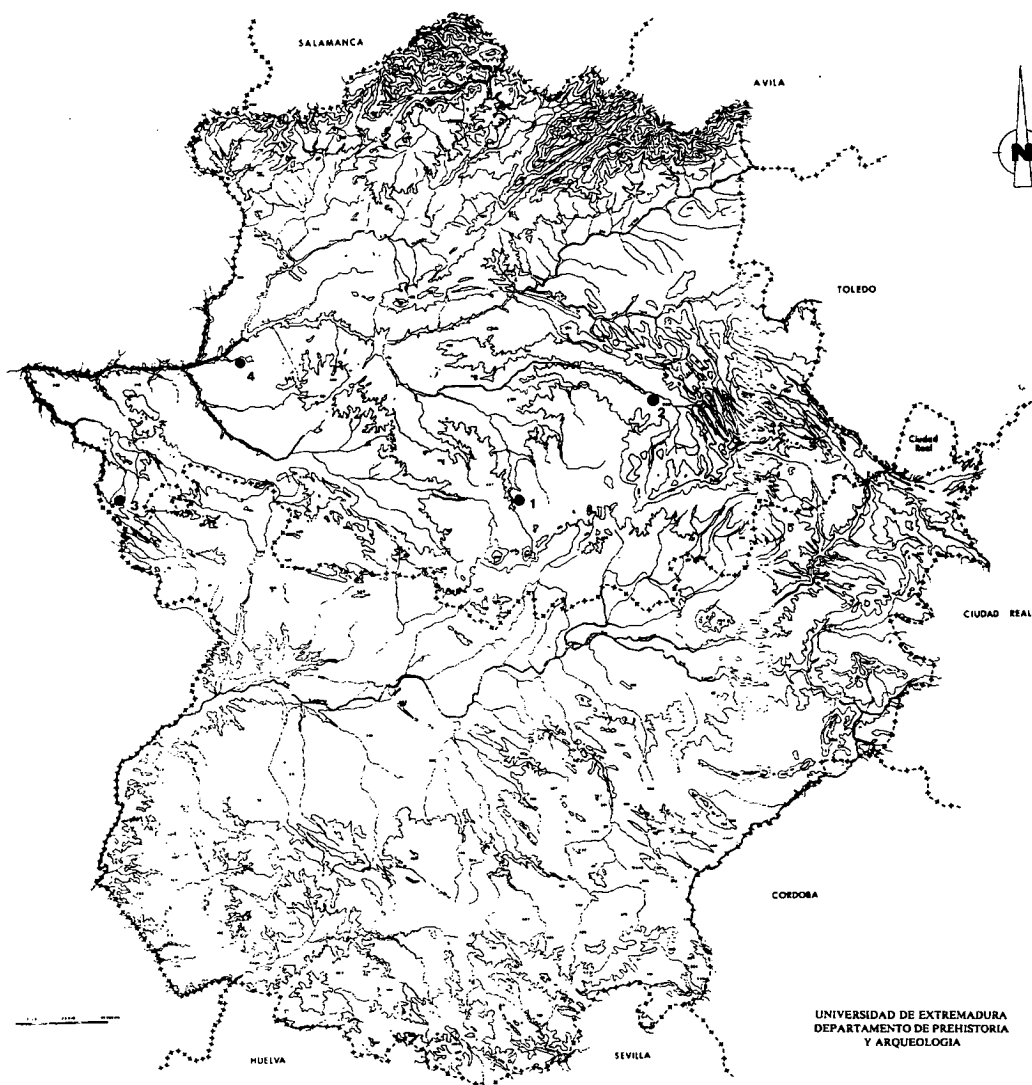


Fig. 1. Localización de los yacimientos. 1. Villaviejas del Tajuja. 2. La Coraja. 3. El Jardinero. 4. La Villavieja del Castillejo de la Orden.

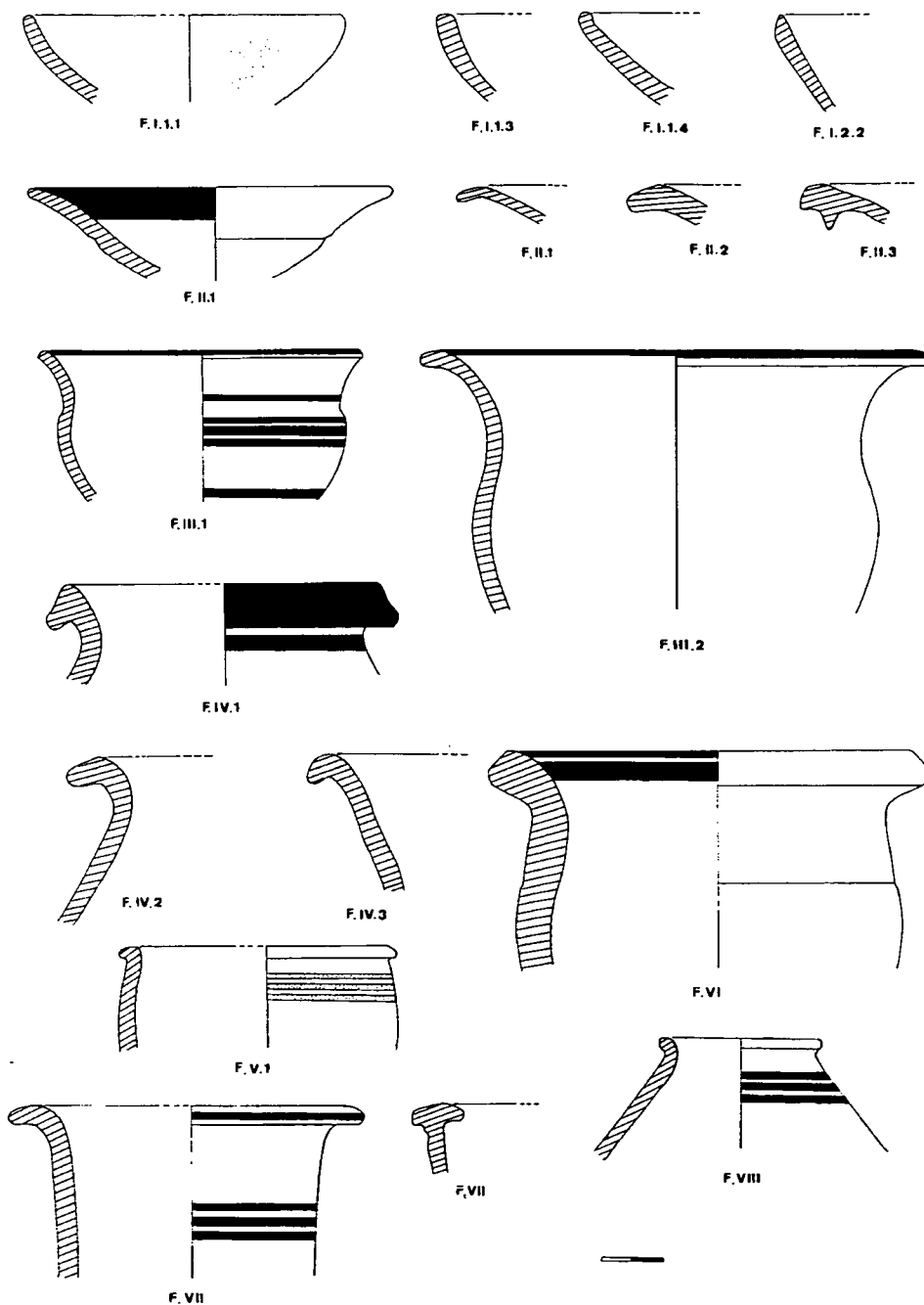


Fig. 2. Villasviejas del Tamuja: formas y variantes principales.

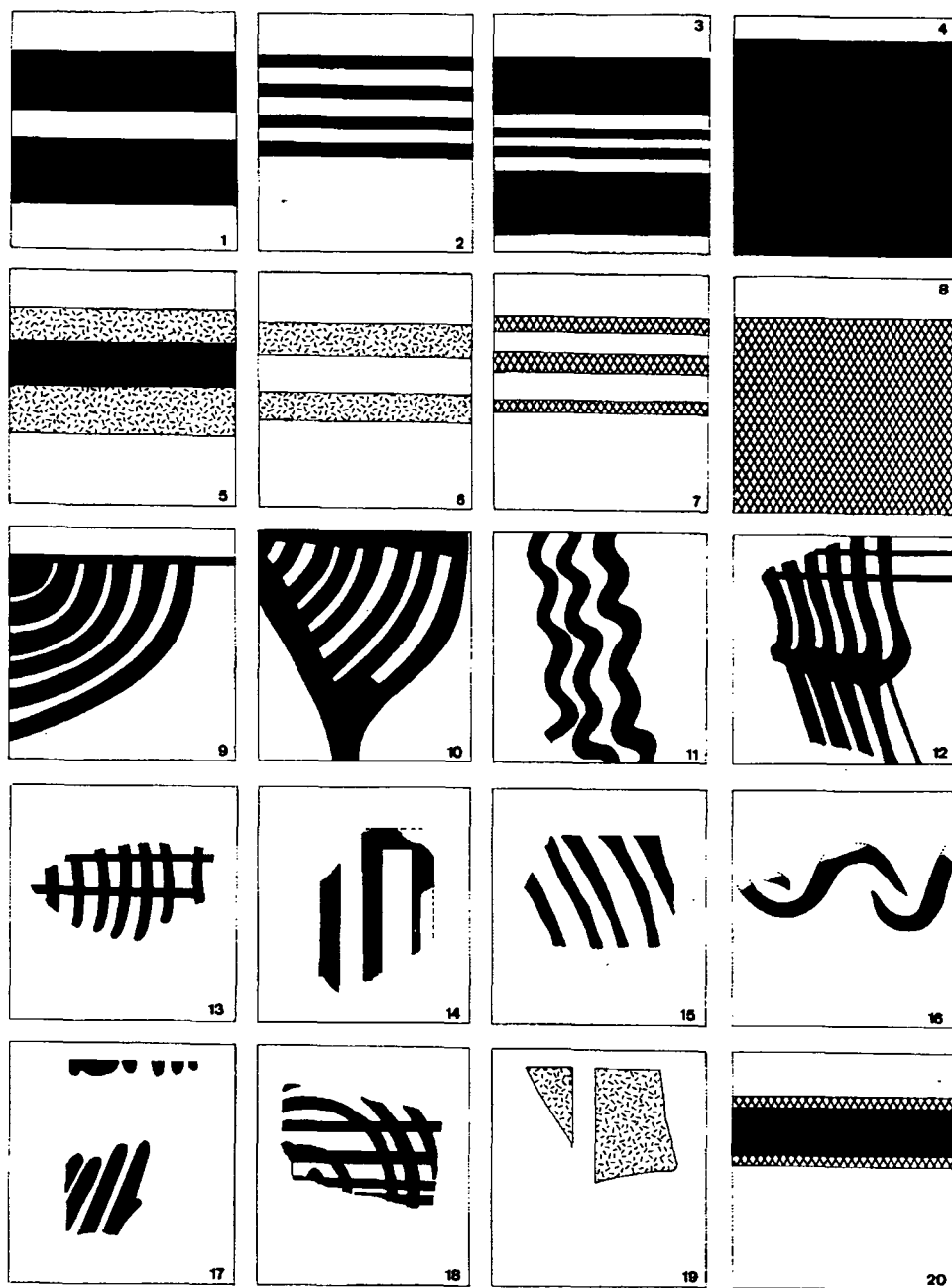


Fig. 3. Villasviejas del Tamuja: principales motivos pintados.

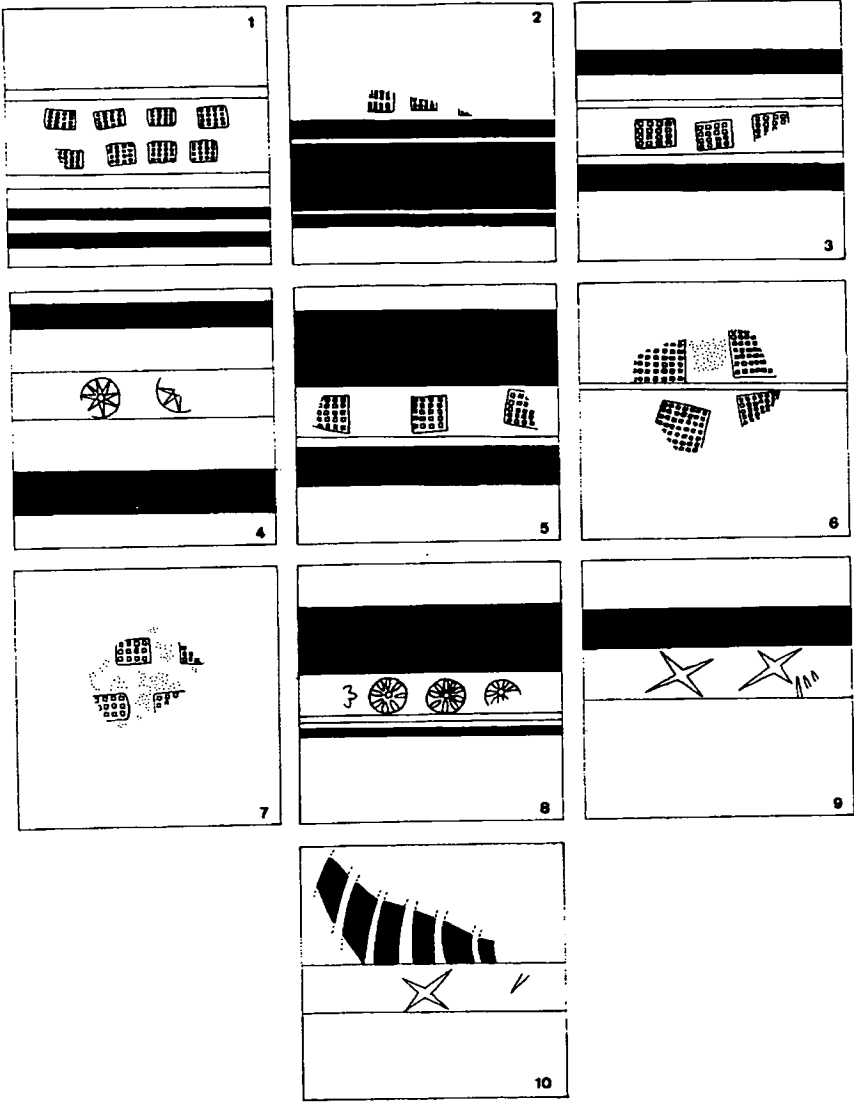


Fig. 4. Villasviejas del Tamujá: principales motivos estampillados e incisos.

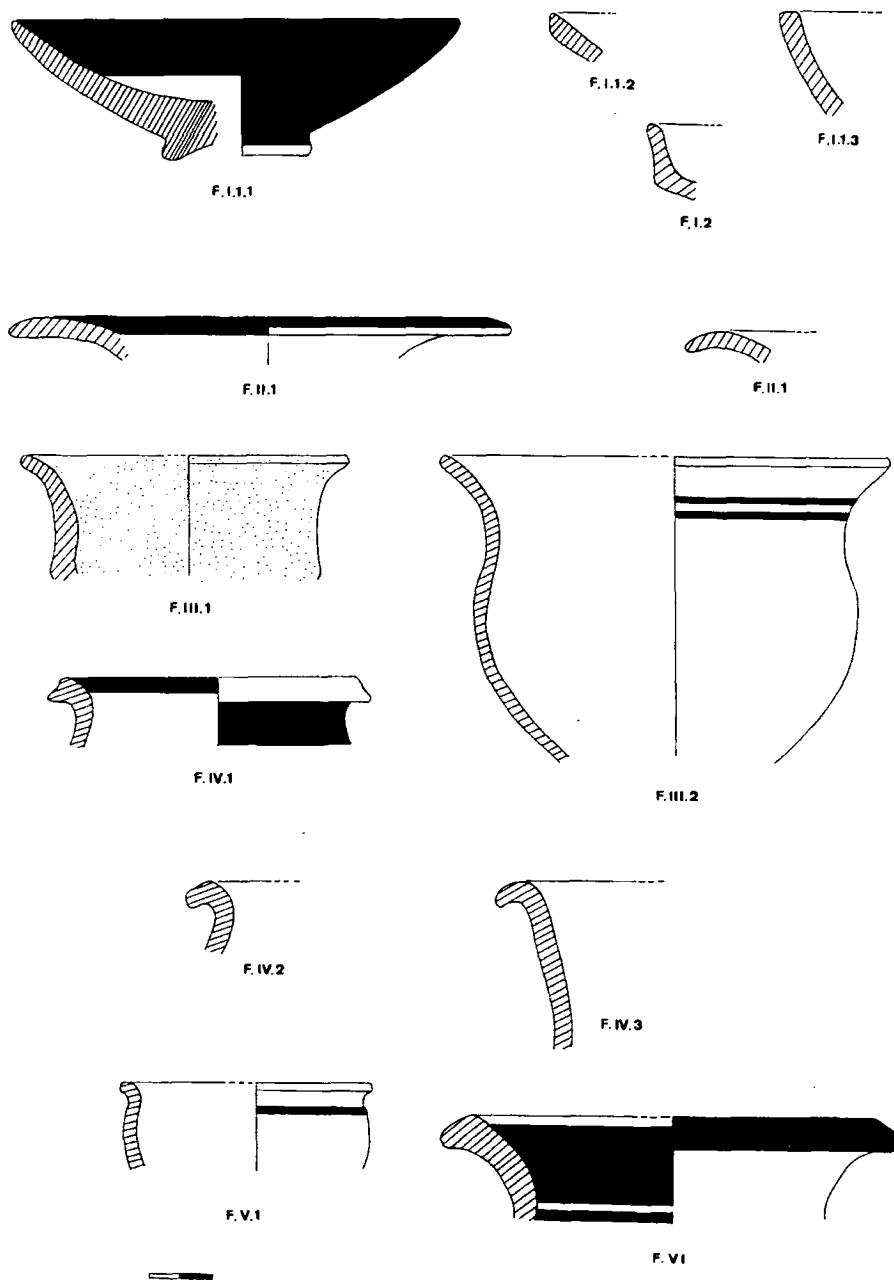


Fig. 5. La Coraja de Aldeacentenera: formas y variantes principales.

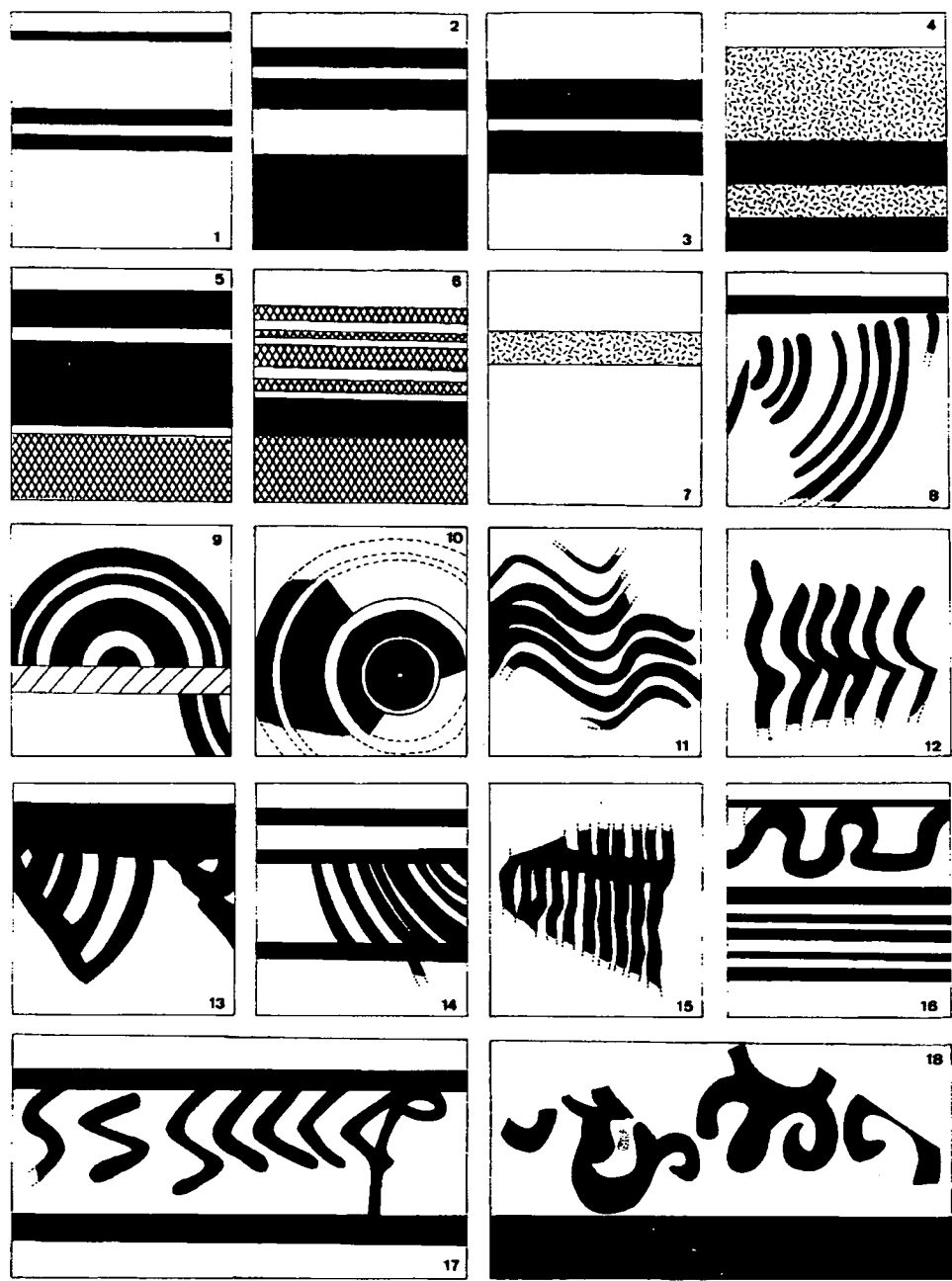


Fig. 6. La Coraja: principales motivos pintados.

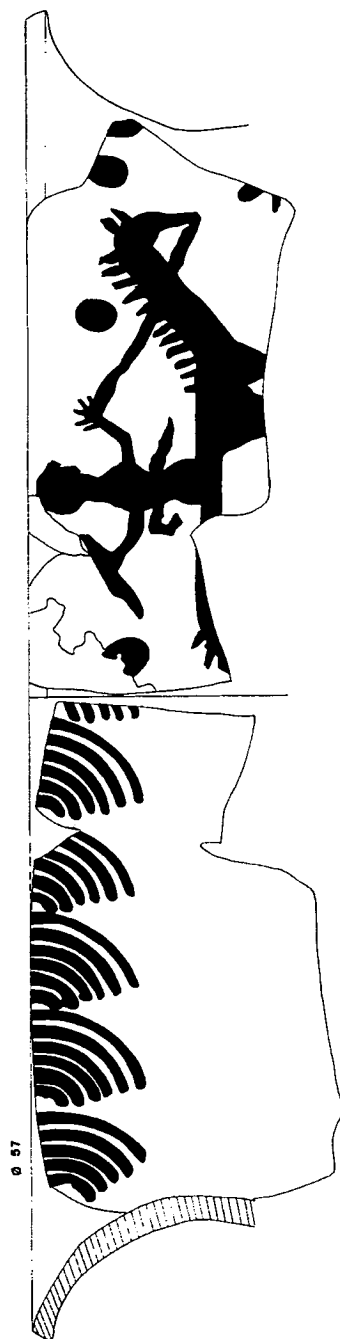


Fig. 7. Jinete de La Coraja.

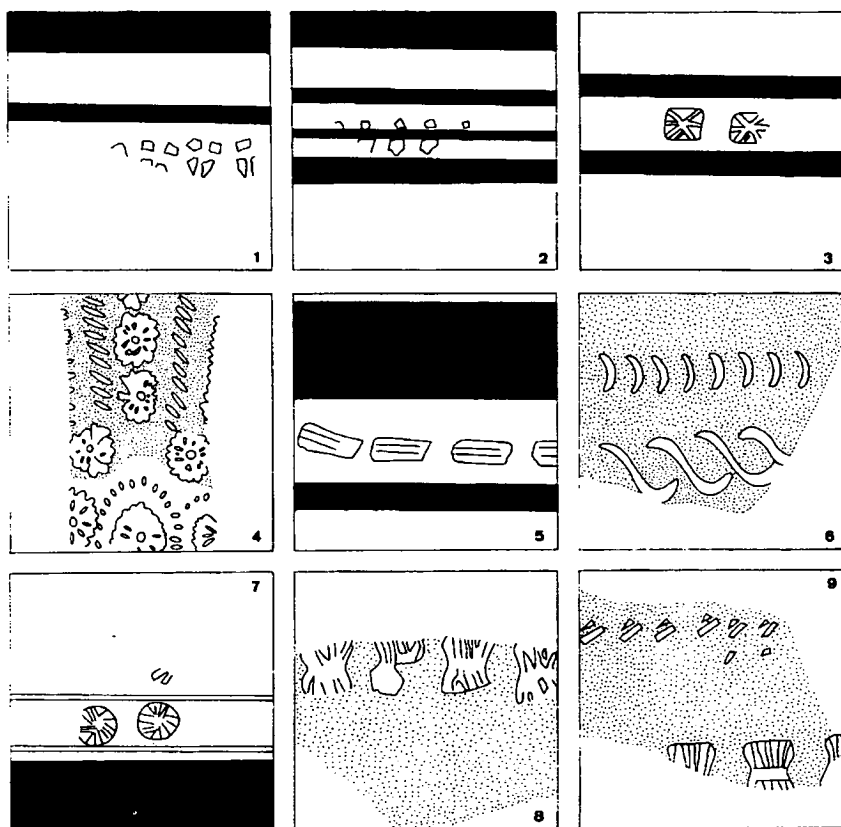
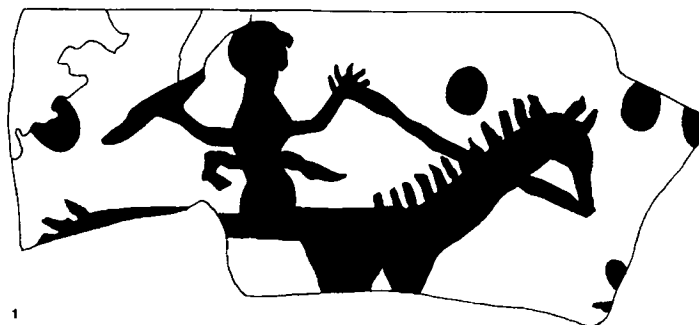
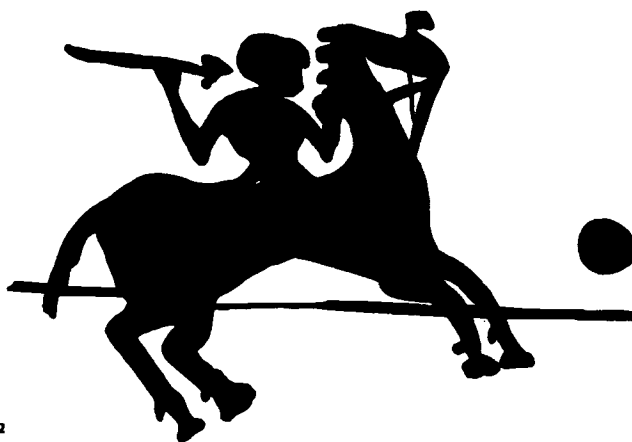


Fig. 8. La Coraja: principales motivos estampillados.



1



2



3

Fig. 9. 1. Jinete de La Coraja. 2 y 3. Jinetes de San Miguel de Liria.